

Caos y yo

Temí la posibilidad de que nuestro mundo desapareciese. Soy un trozo de cielo, he visto, vivido, experimentado, amado y odiado todo lo que se puede ver, vivir, experimentar, amar y odiar en esta vida. Llevo demasiadas vidas en este planeta y he visto como, generación tras generación, las personas se han superado ante cada problema que se les oponía. Es más, llegó un punto en el que pensé que no había barrera que les pudiese superar, excepto una cada vez mayor, ellos mismos.

Durante siglos se han matado, torturado y decepcionado entre ellos y la situación iba 'in crescendo', hasta que llegó la catástrofe. Durante años habían sido los propios humanos los que habían estado provocando que las temperaturas creciesen, se ensuciasen los ecosistemas, se propagasen virus cada vez más eficientes, se distanciasen más de ellos mismos. Cada vez la cuerda estaba más tensa.

Recuerdo como empezó todo, pero no como terminó. Justo había empezado el año cuando una pandemia comenzó a arrasar aquello que tocaba. Pasaba de persona en persona, sin piedad, sin miedo a la muerte, dejando cuerpos, que una vez estuvieron llenos de vida, totalmente vacíos.

Nunca temí la muerte, es más, me temió más ella a mí que al contrario. Yo hice todo lo posible para ayudar a la humanidad, pero desde aquí arriba no me escuchaban, estaba muy lejos. Grité y grité, pero la enfermedad era más rápida que yo. Para cuando quise darme cuenta, quedaba menos de un tercio de la población, me quedé sin voz.

Solo pude llorar. Se vaciaba poco a poco. Lo único que me quedaba, el arte de la vida, estaba a punto de desvanecerse. Era una niña pequeña la última en desaparecer junto al resto. Sostenía un peluche en una mano, y la cabeza de su difunto hermano en otra. Observé a la pequeña criatura, después de haber vivido la muerte de toda su familia, a pocos suspiros de un 'adiós'. Abrazó fuertemente a su hermano, su joya, alzó la vista al cielo, sonrió por última vez y gritó gracias al mismo tiempo que caía sobre ella misma y cerraba los ojos lentamente.

Desde arriba se veía todo muy tranquilo, se escuchaba el ruido del silencio. Maldecí mil veces la codicia humana y sus infames caprichos, su execrable avaricia y nefasta codicia.

Pero, a pesar de que el mundo hubiese estado en llamas durante siglos por culpa de los humanos, una flor siempre se mantuvo en pie, pasase lo que pasase.

Dicen que siempre hay esperanza mientras uno crea, que siempre viviremos mientras uno nos recuerde, que siempre ganaremos, aunque solo quede uno. Nos estamos consumiendo en un problema llamado cambio climático por un placer ficticio llamado dinero. Yo tengo esperanza en un mundo mejor, quiero vivir en un mundo mejor, pero solo ganaremos si lo logramos, aunque solo quede uno.